

EL SACERDOTE EN LA SOCIEDAD

m. mazón

Una lectura atenta de los artículos sobre el sacerdocio en la presente monografía, nos da una visión bastante depurada del Sacerdote católico:

Un hombre cristiano cuya misión es doble en el ámbito de su comunidad: actualizar el sacrificio de Cristo, ser transmisor de la Gracia por la administración de los sacramentos, y Predicador de la Palabra de Dios. Misión doble —cúltica y profética— que recibe directamente de Cristo por la imposición de manos en la Ordenación, y que condiciona esencialmente su actuar en la sociedad.

Esta función doble —cúltica y profética— forma una unidad vinculada por la Fe. Por la predicación de la Palabra, el Sacerdote extiende a los hombres el mensaje evangélico. El hombre al admitir este mensaje realiza con el Sacerdote en su función cúltica el Sacrificio y por medio de los sacramentos fortalece su Fe. Por tanto lo profético y lo cúltico están intrínsecamente unidos en la transmisión de la Fe: Si la función cúltica (actualización del Sacrificio de Cristo en la Misa) no se realiza, la Fe transmitida por la Palabra acabará por desvanecerse; si el Sacerdote se inhibe en su función profética de predicador constante e inoportuno (II Tim. 4,2) de la Palabra de Dios, lo cúltico vendrá fatalmente a ser una forma ritual carente de sentido para los hombres.

Se trata, pues, de ver cuál es la actuación del Sacerdote en la sociedad de hoy, teniendo en cuenta su función profética.

situación de profeta

Esta situación de profeta, de anunciador de la Palabra de Dios, llevará consigo una actitud vital por parte del Sacerdote: Reflejar en su existencia concreta el mensaje que transmite. Hay el peligro de crear un falso misticismo y hacerse a sí mismo el Sacerdote una especie de prototipo ético de su medio ambiente. Para evitarlo debe el Sacerdote tener en cuenta dos puntos fundamentales: primero, que el cristianismo se transmite a los hombres por medio de su palabra condicionada por su vivir concreto. Segundo: debe de empaparse de la vida de Cristo, vida que encontrará plasmada en la Sagrada Escritura,

en la doctrina de la Iglesia y en las situaciones concretas de la sociedad en que convive, en las realizaciones y formas de vida de su comunidad cristiana y en la constatación de pareceres entre él y sus fieles.

El Sacerdote tiene que ser un hombre profundamente reflexivo, atento a la evolución de la sociedad. Debe ser un profundo conocedor, en el sentido de meditador, de la Sagrada Escritura, y por otra parte meditador también de las situaciones vitales del mundo que le rodea.

Si el Sacerdote se aparta de la convivencia y comunión de problemas e intereses de sus cristianos, se hará una especie de empleado del culto. De las dos funciones, cültica y profética, la cültica será la que trascienda toda su vida con el peligro tan real y por tanto no desconocido para nadie, de ser un puro ritualista.

Si el Sacerdote quiere ser fiel a su existencia de profeta cristiano, profeta oficial, debe encarnarse en la sociedad. El Sacerdote ha sido constituido para ayudar a los hombres en su quehacer diario, constructores del mundo según su capacidad, posición y conocimientos: el Sacerdote es el orientador de su vida desde el punto de vista del cristianismo.

encarnación

Esta encarnación en la práctica tiene una difícil realización. La sociedad de nuestros días está profundamente diferenciada. La división del trabajo lleva consigo una dispersión de funciones y cada hombre y sector de la sociedad tiene una serie de problemas concretos y en su realización y solución se olvida fácilmente de las preocupaciones de otros sectores. Cada sector busca prosperar en su propio medio, el hecho de las asociaciones nos muestra que el hombre polariza su sentido de sociabilidad con aquellos otros hombres que están más en contacto con sus problemas; sindicatos, asociaciones de empresarios, colegios profesionales, etc.; el hombre embebido totalmente en su medio, intenta desde él influir en los acontecimientos y progreso de la sociedad.

El Sacerdote consciente de las diversas formas de vida en que realizan la existencia sus cristianos, tiene que estar atento a todas ellas, meditarlas profundamente y definirse con su actuación. Pero actuar es realizar una forma de vida concreta. ¿Cuál es la forma de vida óptima, ideal que el Sacerdote debe realizar hoy para que el mensaje llegue lo más profundamente posible a la vida de sus cristianos y de todos aquellos hombres que no han oído todavía la palabra de Dios?

En la sociedad de hoy (con más acritud que en épocas anteriores) lo económico condiciona todos los intereses. El hombre busca una forma de vida que le facilite realizar una serie de valores que se le presentan más apetecibles a medida que se avanza en bienestar y comodidad. El sector económico más débil de un país al convivir con otros sectores de situación más holgada, tenderá a asociarse y luchar por su promoción de una manera más o menos virulenta, según sea la distancia que le separe del mínimo vital. Si el Sacerdote se encarna en un estrato medio y en él realiza su existencia, será testimonio para su estrato y los superiores. Para el hombre que realiza su existencia en un estrato inferior, el hecho de que el Sacerdote no esté encarnado en su medio, es un antitestimonio. Traducido a términos evangélicos, el Sacerdote encuentra

claramente la orientación: Dios se hace hombre pobre, escoge el estrato inferior, no de forma exclusiva, sino por testimonio. No hace de su medio un ghetto de lucha, sino que la razón de encarnarse en ese estrato inferior es para predicar el mensaje desde abajo, desde donde nace el hombre, desde lo más humilde, no por revancha o explotación, sino por la implantación del amor que une a todos los hombres, unidad que por la dinámica de la vida tiende hacia arriba.

En el mundo de hoy el Sacerdote tiene que ser un ciudadano desprendido de todo, convivir con el medio más bajo, no por proselitismo, sino por necesidad de la predicación del Mensaje, fiado en la imitación de Cristo, y consecuente con las exigencias estructurales de la sociedad presente.

Estamos en el punto crítico: en la práctica es complejo. La sociedad está muy planificada. El Sacerdote en muchos casos tiene ya su vida. Por otra parte, el Espíritu no a todos exige lo mismo. Como orientación fundamental tiene que tender a imitar a Cristo con mente clara, descubriendo en el ejercicio de su función profética el modo de vida que mejor le va a su comunidad humana circundante para la asimilación progresiva del cristianismo.

El sacerdote debe de escoger una vida pobre y sencilla. La pobreza es un medio existencial, en Cristo condicionó todo su actuar. El ser medio tiene el peligro de caer en una serie de formas, renunciadas estipuladas que al cabo del tiempo pierden su valor y el Sacerdote desemboca por inercia en una vida relativamente fácil.

En nuestra sociedad, el Sacerdote —como tipo sociológico— tiene que encarnarse en el medio pobre, ese sector que lleva visiblemente la condena del Génesis de ganar el pan con el sudor de la frente. Si la Iglesia Jerárquica-docente no se hace pobre proporcionalmente al número de sus cristianos pobres, el mensaje evangélico no prenderá en los corazones y se malogrará la semilla.

En la sociedad española, oficialmente cristiana, había que pensar si los Sacerdotes realizan su misión profética profundamente encarnados en los diversos estamentos de la sociedad. La sociedad lleva un proceso dinámico de mejoramiento, por una dialéctica de contraste de intereses entre los diversos sectores. El sacerdote no es un líder, ni tiene que actualizarse como director de una asociación. Su función es transmitir la vida de Cristo, si el hombre que va a entrar en la vida cristiana lo hace con unas formas de vida contrarias al cristianismo, el Mensaje quedará desvirtuado, reducido a forma externa, costumbrismo, etc.

En nuestro país el sector más sufriente es el mundo del trabajo, el asalariado en su múltiple gama de niveles, por la estructura duramente capitalista de nuestra economía. Ahí debe encontrarse el Sacerdote.

Para transmitir el mensaje tiene que ser uno más en la lucha —lucha cristiana por el retorno del mundo, perfeccionado, a su Creador— con sus cristianos pobres en su promoción y acercamiento a las clases superiores, clases estas que si son profundamente cristianas, no sólo de nombre, verán en el Sacerdote el enlace afectivo que tiene que darse entre todos los hombres como base para un entendimiento en otros campos, tales como la repartición de las riquezas, colaboración en el trabajo e intercambio de valores espirituales.

hombre - testimonio

Mientras el Sacerdote como ciudadano no sea un hombre-testimonio que se encarna en la vida pobre de sus cristianos, realmente la Iglesia jerárquico-docente no está reflejando ante el mundo el hecho único del Dios-hombre que nos redimió encarnándose en la humanidad y que ha dejado a la Iglesia —pueblo de Dios— (todos los bautizados) como testimonio de que El es la síntesis del Universo y que realmente ofrecerá al final de todos los tiempos este mundo-transformado al Padre.

La misión del Sacerdote en la sociedad de nuestros días tiene que estar definida por un compromiso evangélico, que tendrá la forma concreta que le exijan las necesidades y aspiraciones de la comunidad cristiana: necesidad y aspiraciones que por ser cristianas llevarán el signo de la pobreza y desprendimiento. Pobreza como norma de vida. Desprendimiento como garantía de disponibilidad en sus funciones de presidir el Sacrificio y repartir la Eucaristía, ser vehículo de la gracia sacramental, y transmisor constante de la palabra de Dios que se hace vida en él y en sus cristianos.

“Los Presbíteros, tomados de entre los hombres y constituídos en favor de los hombres en lo que a Dios se refiere para que ofrezcan dones y sacrificios por los pecados, conviven, como hermanos, con los otros hombres. Así también, el Señor Jesús, Hijo de Dios, enviado por el Padre como hombre a los hombres, habitó entre nosotros y quiso asemejarse en todo a nosotros, a excepción, no obstante, del pecado. A El imitaron ya los santos apóstoles, y San Pablo, maestro de las naciones, que fue “segregado para el Evangelio de Dios” (Rom. 1,1), atestigua haberse hecho todo para todos, a fin de salvarlos a todos. Los presbíteros del Nuevo Testamento, por su vocación y ordenación, son ciertamente segregados en cierto modo en el seno del pueblo de Dios; pero no para estar separados ni del pueblo mismo ni de hombre alguno, sino para consagrarse totalmente a la obra para que el Señor los llama. . .”

VATICANO II. Decreto sobre el ministerio de los presbíteros.